

# El Divino Salvador personalmente presente en nuestra eucaristía

Vigésimo domingo del Tiempo Ordinario  
19 de agosto de 1979

Proverbios 9, 1-6  
Efesios 5, 15-20  
Juan 6, 51-59

Queridos hermanos sacerdotes concelebrantes, queridos hermanos todos:

De nuevo pedimos la hospitalidad de los padres dominicos en esta iglesia de El Rosario para celebrar nuestra eucaristía dominical, y les agradecemos, ya que nuestra catedral continúa ocupada por obreros en una huelga de hambre.

Aquí, en El Rosario, encuentran ustedes también algo especial: una concelebración, es decir, varios sacerdotes rodeando al obispo para celebrar una eucaristía más solemne. Ya explicaba al principio que un grupo de sacerdotes, por iniciativa propia, en apoyo con otras comunidades religiosas y cristianas en general, han querido promover unas jornadas de intensa oración y ayuno: fuerzas espirituales que la Iglesia tiene para momentos muy graves de la vida cristiana. Al final, un sacerdote explicará de qué se trata. Pero sí quisiera que distinguieran, y muy claramente, que una cosa es la ocupación de catedral, donde no podemos celebrar nuestra liturgia, y otra cosa es esta reunión cristiana en la iglesia de El Rosario, donde se unen con el obispo para celebrar la eucaristía y sentir de allí, precisamente, la fuerza y el

alimento, la inspiración, para que el lenguaje que ellos quieren expresar sea comprendido por la Iglesia, sobre todo, y desde la Iglesia, al mundo; porque la Iglesia está en medio del mundo, precisamente, para continuar la misión de Jesucristo, que tuvo que vivir y actuar en servicio al mundo, obediente a la misión que su Padre le envió.

Quiero también, hoy, agradecer solemnemente las diversas manifestaciones de simpatía y solidaridad que me brindaron con motivo de mi pasado cumpleaños. Créanme que me han dado una nueva riqueza a mi espíritu: ya en los testimonios de solidaridad, de felicitaciones y, sobre todo, aquellos mensajes que venían ofreciéndome sus dolores, su enfermedad, sus sufrimientos. ¡Qué riqueza siento yo cuando le da un enfermo, un parálítico, alguien que sufre, el sentido de oración unido con su pastor! Una carta muy bonita que me dice: “Yo siento que, junto con usted, estamos salvando al pueblo, salvando almas para la eternidad”. Y de estos testimonios, pues, abundan muchos. Lo mismo que la misa celebrada con sacerdotes, religiosas y fieles en la iglesia de San José de la Montaña y la que celebramos en Chalatenango, expresión de comunidades que comprenden que una Iglesia encuentra en su obispo el signo de la unidad, del magisterio, de la verdad, de la misión que tiene que predicar en el mundo. Todo esto, pues, para mí significa no una felicitación de carácter personal, sino una vivencia muy rica de Iglesia que me lleva a la alegría de sentir que nuestra arquidiócesis va madurando, cada vez más, en su sentido de Iglesia. Por eso, que el Señor les pague tantas demostraciones, más que de simpatía, de fe verdaderamente eclesial.

Y buscando en las lecturas de hoy, cabalmente, esa fuerza de unidad, esa inspiración que nuestro Señor quiso darle a su Iglesia, quiero recordarles que desde hace tres domingos venimos leyendo como Evangelio el capítulo sexto de San Juan. San Juan es el Evangelio más eclesial, más sacramental. No se puede entender todo lo que él dice acerca de Cristo si no lo vemos a través de la comunidad Iglesia, si no nos lleva a la vida sacramental. Es un Evangelio —sobre todo en este capítulo sexto— riquísimo para conocer la relación que existe entre el Divino Salvador y nuestra Iglesia. Y por eso, desde hace tres domingos, les decía yo que consideráramos estas cuatro lecturas dominicales como un verdadero regalo providencial para iluminar mejor la figura

de nuestro divino patrono. Y así, ha resultado que los domingos de agosto han sido todos, los cuatro, un homenaje espléndido desde la palabra de San Juan, al divino patrono de nuestro país, al Divino Salvador del Mundo.

Todo arranca de un milagro de Cristo: la multiplicación de los panes. Pero San Juan, el hombre del signo, no solo quiere ver la alegría de unos cinco mil hombres saciados de pan. Cristo les reprocha: “No me busquen por el pan que perece, busquen el pan que da la vida eterna”. Y todo el cuarto Evangelio, en su capítulo sexto, es una bella explicación de ese pan de la vida eterna. En el signo de la multiplicación de los panes, encontramos, según San Juan, los bienes de la redención. Todo lo rico que Cristo ha traído, al venir a morir por nosotros y resucitar y ofrecernos una nueva vida, está simbolizado en ese pan. En él está, pues, la verdadera liberación, la verdadera promoción del hombre. “No trabajemos —dice Cristo— solo por el pan que perece”. No luchemos las luchas reivindicativas solamente por las liberaciones de la tierra. Todo eso está bueno y es necesario; pero si todo termina allí, hemos dicho mil veces, son liberaciones trucas. El servicio que Cristo y su Iglesia nos da, a los esfuerzos de liberación de las esclavitudes de la tierra, es elevar esos esfuerzos hasta la liberación que Cristo, el verdadero salvador del mundo, nos está ofreciendo: liberación del pecado, ante todo.

Jn 6, 27

Jn 6, 27a

Ningún hombre que está todavía esclavizado al pecado puede hablar de liberación. ¡Si él es el primer necesitado de liberarse del odio, de la venganza, de la violencia injusta, de todo aquello que atropella! Es necesario la liberación del pecado y promoverse, con la promoción de Cristo, no simplemente a un pueblo libre, sino a la libertad auténtica, a la dignidad de los hijos de Dios, aquellos derechos humanos donde, sublimados hasta hacerse hijo de Dios, nos dice de verdad que el hombre es imagen y semejanza de Dios. Por más dichoso y libre y digno que se crea un hombre en esta tierra, pero sin fe para promoverse a la altura de aquel cielo donde seremos ciudadanos de Dios para siempre, será también una promoción mutilada, sin un sentido trascendente. Por eso, el cuarto Evangelio, pues, nos está ofreciendo, en el símbolo del pan, la verdadera liberación que arranca del pecado, y la verdadera promoción que llega hasta la altura de hacernos hijos de Dios y ciudadanos de la eternidad, junto a nuestro Padre Dios.

Jn 6, 27 Hoy, en el pasaje que se ha leído, culmina con la revelación maravillosa de la eucaristía. Yo quisiera, queridos hermanos, que ilumináramos hoy nuestra presencia de cada domingo en la palabra que hoy se ha leído. No vengamos a misa por curiosidades o por tendencias políticas, por fines meramente humanos, que nos quedaremos desilusionados. La misa no responde a esas curiosidades. Si venimos a misa, sea como Cristo decía: “No me busquéis por el pan que perece; buscad el pan de la vida eterna”. Yo quisiera que, al terminar mi meditación sobre esta palabra del Señor, ustedes y yo nos sintiéramos más cristianos, más agradecidos con Cristo que nos ha dado la misa de cada domingo, la eucaristía que nos alimenta en el peregrinar. Me da tristeza que mucha gente no siente cariño por la misa porque no conoce la eucaristía ni el don de Dios.

Jn 6, 51 Cristo comienza hoy su Evangelio con la gran revelación: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”. ¿Nos damos cuenta, hermanos, que hay una presencia de Cristo en persona, cuando venimos a misa?; ¿que, aunque no le veamos su cara, como nos vemos nuestras caras, él es el principal, pero así, personalmente aquí presente, Jesucristo? Por eso, quiero titular mi homilía sacando de la palabra de Dios el gran argumento de su presencia: *El Divino Salvador personalmente presente en nuestra eucaristía*. Este es el título que yo quisiera que nos grabáramos bien hondo y lo viviéramos de verdad. El Divino Salvador no es una imagen que saquemos en las procesiones del 5 de agosto. Muchos se ríen de nuestra fe en las imágenes. ¡Si la imagen —ya sabemos— es madera, es algo material, un retrato que nos refleja! Pero si alguien no<sup>1</sup> se remonta a la realidad de un Cristo que vive entre nosotros, no en un retrato, en una imagen de palo, sino en su persona misma aquí presente, entonces sí es una religión que vale la pena seguirla porque allí encontramos al Salvador divino en persona. Por eso, mis tres consideraciones, como de costumbre, serán estas: nuestra Iglesia, signo sacramental de la salvación de los hombres; segundo, la eucaristía, signo de la presencia personal de Cristo; y tercero, nosotros, los hombres, frente a este signo de contradicción: o lo aceptamos o lo rechazamos; y, entonces, o vamos con Cristo o vamos sin Cristo.

<sup>1</sup> Léase mejor sin el adverbio de negación: “Pero si alguien se remonta...”.

## Nuestra Iglesia, signo sacramental de la salvación de los hombres

En primer lugar: nuestra Iglesia, signo sacramental de la salvación. Ya en la primera lectura de hoy, se presagia una Iglesia que será signo de la sabiduría de Dios. “La sabiduría se ha construido una casa con siete columnas, ha preparado un banquete”. Y la figura del banquete y del edificio y de la alegría y de la magnificencia de un festín es lenguaje de los profetas. Y así Cristo no podía prescindir, también, de esa comparación; y, precisamente, el signo que hoy aprovecha San Juan es la alegría de comer pan.

Pro 9, 1-2a

¡Y cuántas veces lo que hoy la primera lectura pone en labios del que construyó el edificio y preparó el banquete mandando a sus sirvientas a llamar a todos los hombres aparece en el Evangelio en las preciosas parábolas del reino! El reino es un festín y el que ha preparado el festín manda a llamar a todas las encrucijadas de la historia: “Vengan, que ya he preparado este vino que yo he mezclado, esta riqueza que yo quiero obsequiar a todos mis invitados”. ¡Qué hermoso esto de que, cada domingo que venimos, somos invitados a un festín!

Mt 22, 1-10

Mt 22, 4

La Iglesia, la llama el Concilio Vaticano II, “sacramento universal de salvación” porque en ella están todos los medios que el Divino Salvador ha querido poner para que los hombres seamos salvos. Hombres y pueblos tienen que escuchar aquello que dice San Pablo<sup>2</sup>: “No se ha dado otro nombre en el cual los hombres puedan ser salvos, fuera del nombre de Jesús”. Solo en él hay liberación, solo en él hay salvación. Y quiso representar Cristo toda esta riqueza en la Iglesia convocada como un festín. En ella está presente el Divino Salvador con todos los medios de salvación. No quiere decir que solo los que estamos en la Iglesia católica nos podemos salvar. Tengamos muy en cuenta esto: fuera de la Iglesia hay también muchos caminos de salvación; pero lo cierto es que en la Iglesia, auténticamente fundada por Cristo y depositada sobre los apóstoles, es donde Cristo dejó los medios completos, absolutos, llenos de la salvación. Muchos no los aprovecharán; muchos, viviendo en esta Iglesia, festín de Dios, prefieren apoyarse en los ídolos del mundo, y de esos, dice el Concilio: “Están en el cuerpo de la Iglesia, pero no están en el

LG 48

Hch 4, 12

LG 14

<sup>2</sup> Léase: San Pedro.

corazón de la Iglesia”, así como, al revés, aquellos que no han conocido la Iglesia católica, pero quieren salvarse según su religión, están en el corazón de la Iglesia, aunque no estén en el cuerpo de la Iglesia. Es mucho mejor ser del corazón, pero mucho mejor es ser del corazón y del cuerpo de la Iglesia. Un buen católico, pues, que sabe que en su Iglesia Dios ha dejado todos los medios maravillosos de la salvación, tiene que aprovecharla y vivir de esa riqueza que el Señor ha puesto tan a nuestra mano.

LG 48 Desde el catecismo aprendimos que la Iglesia tiene siete sacramentos. Iglesia sacramental. Ella misma es “sacramento universal de salvación”. Pero, ¿por qué? Porque, en ella, Cristo actúa mediante los sacramentos; que no los administra un hombre, sea obispo o sacerdote; el obispo y el sacerdote no somos más que humildes instrumentos del Dios que verdaderamente bautiza, perdona, alimenta. Tengamos muy en cuenta esto, porque, muchas veces, en la administración de los sacramentos nos llevamos de un personalismo, como si el padre tal sí hiciera buenos sacramentos y el padre tal no hace buenos sacramentos. ¡Si no depende esto de la santidad o de la maldad de un sacerdote!

Decía aquel escritor Manzoni<sup>3</sup>, italiano: “Cuando yo me arrodillo a pedir perdón de mis pecados ante un sacerdote, no me importa saber si él, tal vez, está más necesitado que yo de perdón. Puede ser un gran pecador, pero en el momento en que me dice: ‘Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo’, yo estoy absuelto; no por él, no es él el que me perdona, sino Dios por medio de él”. Y escribía un protestante ya convertido: “¡Qué engañado estaba! Yo pensé que los sacramentos eran como estorbos entre Cristo y yo. Y yo, que quiero salvarme por mi fe en Cristo, rechacé los sacramentos para entenderme directamente con Cristo. Pero ahora que he reflexionado, miro que no hay tal mampara entre Cristo y yo, sino que los sacramentos son acciones del mismo Cristo; que cuando yo voy a decir mis pecados a un sacerdote, no es a él que se los estoy diciendo, sino a Cristo, que está en él y que a través de sus labios me va decir: ‘Yo te perdono’; y que la mano del sacerdote que bautiza no es él el que le quitará el pecado original, sino la virtud de la redención de Cristo que mandó a ese hombre: ‘Id y bautizad en el nombre no tuyo, sino de Dios’”.

<sup>3</sup> Alessandro Manzoni (1785-1873).

Así, hermanos, sería aquí la oportunidad de hacer un recorrido por los sacramentos, pero creo que todos ustedes los conocen: bautismo, confirmación, eucaristía, penitencia, unción de enfermos y los dos grandes sacramentos sociales: sacerdocio y matrimonio. Son siete canales por donde el Redentor divino, por medio de su Iglesia sacramental, está salvando a los hombres, a la sociedad, santificando el amor del hombre y de la mujer en el hogar fecundo o la misión del sacerdote que por vocación se metió a este papel tan difícil de continuar la misión de Jesucristo, la redención de los hombres.

Gracias a los sacramentos, nosotros disfrutamos los bienes de la redención; más aún, hemos de estar con lo que dice el papa Pablo VI, que para significar mi pertenencia a la Iglesia tengo que manifestarla por los sacramentos. Nadie puede decir: “Yo soy católico, pero yo no necesito confesarme”. Nadie puede decir: “Yo soy católico, pero yo no llevo a mis niños a bautizar”. Es que esos signos —los sacramentos son signos— son las señales de tu pertenencia a Cristo. De tal manera que no puedes decir que perteneces a la Iglesia si desprecias estos signos de su pertenencia. La Iglesia, pues, es la continuadora y la depositaria de todos los medios de la salvación que Cristo ha dejado en ella.

EN 23

### La eucaristía, signo de la presencia personal de Cristo

Pero, segunda consideración que es la que nos da la lectura de San Juan hoy: la eucaristía es el signo de la presencia personal de Cristo. Fíjense bien que, en los otros sacramentos, no está Cristo en persona. En el bautismo, solo está la virtud redentora de Cristo que, por medio del sacerdote de la Iglesia, perdona el pecado original de aquel niño y lo incorpora a hacerse hijo de Dios, pero no está personalmente Cristo en el bautismo. Lo mismo en la confirmación, donde el obispo impone las manos y unge con el sagrao crisma la frente del cristiano, no está Cristo personalmente presente, sino que por su virtud, por medio del obispo, le da el Espíritu Santo de la confirmación. Lo mismo en la penitencia, no está Cristo personalmente, sino virtualmente, perdonando a través del sacerdote. En la unción de enfermos, también es una presencia virtual, es decir, la virtud, el poder de Cristo está allí, pero no él en persona. Y en el sacramento del matrimonio y de la ordenación sacerdotal también; los dos que se casan son ministros, presencia de

Cristo, pero representando la bendición de su amor; y en el sacerdote, tampoco va Cristo personalmente. Pero hay un sacramento donde sí está personalmente, y es este que estamos estudiando esta mañana: “El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”.

Jn 6, 51b

Ante todo aquí, hermanos, en las palabras del Evangelio de hoy se afirma una presencia personal; la palabra que acabo de citar: “El pan que yo daré es mi carne”. El domingo pasado expliqué qué significaba carne, es decir, el hombre, la persona. Cuando Cristo dice: “El pan que yo les estoy anunciando es mi persona; yo mismo estoy en ese pan de vida eterna”; y cuando los judíos dudaban: “¿Quién se puede comer esa carne y beber esa sangre?”, Cristo, que sabe que le han entendido bien, que se trata de él como carne y sangre, no se retracta, sino que se reafirma: “Así como lo han entendido, así es. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna”.

Jn 6, 52

Jn 6, 55

Jn 6, 54

¡Qué distinto cuando Nicodemo le entendió a Cristo mal y Cristo lo corrigió! Cristo le dice: “Si no renaces de nuevo, no podrás entrar en el reino de Dios”. Nicodemo entiende al pie de la letra: “¿Cómo va un hombre a hacerse chiquito y meterse otra vez en el seno de una mujer para nacer?”. Cristo le dice: “No, no es así como te quiero decir; renacer quiere decir bautizarse, renovarse el hombre”. Y cuando la samaritana también oye que Cristo le dice: “El que toma de esa agua vuelve a tener sed, pero el que toma del agua que yo daré no tendrá sed jamás”, la samaritana entiende al pie de la letra y le dice: “Dame de esa agua para que no esté viniendo al pozo a sacar todos los días”. Y Cristo la corrige: “No se trata del agua de ese pozo. Se trata del agua de la gracia, de la vida eterna, el don de Dios que salta hasta la vida eterna”.

Jn 3, 3

Jn 3, 4

Jn 3, 5

Jn 4, 13-14a

Jn 4, 15

Jn 4, 14b

Quiero decir que, cuando el Evangelio nos presenta a Cristo afirmando algo y que se le entiende mal, él lo corrige; pero cuando se le entiende como él quiere decir, aunque sea un misterio que el hombre no comprende, lo reafirma, no lo corrige. El caso de su pan que es su carne y que su carne es comida; y así lo han entendido, así lo ratifica: “Sí, yo daré mi carne, mi sangre hay que beberla para tener vida eterna”. Pero eso sí; por eso, el Concilio de Trento puso estas tres palabras en la presencia de Cristo frente a los enemigos de la eucaristía, los que dicen que “cómo va a estar Cristo, en persona, presente en ese pedacito de pan y de vino”. El Concilio, inspirándose en estas palabras del Evangelio dice:

Jn 6, 54

“Cristo está verdaderamente presente, realmente presente, sustancialmente presente”<sup>4</sup>. Son tres matices de una presencia personal que responden a las objeciones de los que dicen: “Puede estar, pero solo en un signo. ‘Tomad y comed’, esto significa mi cuerpo”. No es así. Verdaderamente, es decir: “Esto es mi cuerpo, realmente, en realidad y sustancialmente”. Esto es lo que hay que entender bien. No vamos a entender un “comer a Cristo” como antropófagos. No se trata de eso. Allí sí, Cristo aclara: “Pero es mi carne; pero hay que entender qué carne soy yo, en las condiciones que yo aclaro en este discurso de Cafarnaún”.

Primero, carne ofrecida en la cruz: “Este es el pan para la vida del mundo”. Es una expresión de Cristo dando su vida por el mundo. “La carne no aprovecha para nada —decía Cristo—, lo que aprovecha es el espíritu que anima esa carne”. Y la carne que Cristo está ofreciendo es su vida del mundo, la que reconcilió a los hombres con Dios, es decir, como nosotros vamos a decirlo dentro de poco en la eucaristía: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección”. Esa es la carne personal de Cristo en la eucaristía, un Cristo que murió entre dolores acribillando su sangre y su carne: “La sangre que se derrama para perdón de vuestros pecados”. Esta carne y esta sangre es la que se recoge en nuestra misa y la presencia personal de Cristo en el momento culminante de la redención.

Otra cosa maravillosa es la vida de Cristo unida a la vida del Padre: “Yo vivo por el Padre, y todo aquel que me come vive por mí”. Es decir, una corriente de vida. “Yo no soy más que el Dios hecho hombre y yo voy a inventar un modo de esta carne de hombre darla en alimento, pero porque trae vida de Dios”. El que se alimenta de este cuerpo y de esta sangre, bajo especie de pan, come no una carne simplemente humana, sino la carne del Hijo del hombre, donde se conjuga lo humano y lo divino, donde Dios se hace vianda, alimento para los hombres.

No olvidemos estas dos condiciones, pues: el Cristo ofreciendo su carne en la cruz y el Cristo unido, en intimidad divina, con el Padre. Esa es la carne que se da y que hay que comer y esa es la carne de la eucaristía. Esa es la presencia personal de Cristo. No está solo su virtud, está personalmente su carne así como la

<sup>4</sup> Concilio de Trento, Sesión XIII (11 de octubre de 1551), *Decreto sobre la eucaristía*, cap. 1: Denzinger, 874.

acaba de describir él: unida al sacrificio de la cruz que salva al mundo y unida a la vida eterna del Padre. Solo así podía asegurar cosas tan inauditas: “El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna, el que no come mi carne ni bebe mi sangre no tiene vida en sí”.

Jn 6, 54

La presencia de Cristo también se indica por los efectos. ¡Qué efectos más maravillosos nos presenta Cristo en el discurso de hoy! “Vivirá para siempre”. “Vuestros padres comieron el maná —era un pan misterioso—, pero el maná saciaba el hambre del estómago de cada día y los que comieron el maná murieron, pero el que come de este pan no morirá, tendrá vida eterna”. El efecto de la eucaristía es hacernos inmortales, hacernos partícipes de la misma vida de Dios, que no perece, de la vida de Cristo resucitado que, “una vez resucitado, ya no puede morir” —dice la sagrada Biblia—. Lo cual quiere decir, queridos hermanos, que el sacramento de la eucaristía es el sacramento de lo escatológico. Ya lo hemos explicado muchas veces. Lo definitivo de la historia, hacia donde marchan los ríos de los hombres, el mar donde vamos a desembocar todos se llama lo escatológico, lo último, el fin, pues. Cristo ya nos trae, en la presencia de su eucaristía, el mensaje; no solo el mensaje, la realidad en su propia carne para aquel que comulga. Aquel que viene a misa el domingo, aquel que se postra ante el sagrario está captando lo escatológico, ya está ante la eternidad, ya está saboreando la vida de Dios.

Jn 6, 49-51a

Rm 6, 9

Jn 6, 56

Y otro efecto que aparece en la palabra de Cristo, hoy: “Habita en mí y yo en él”. ¡Qué cosa más inaudita! “El que me come habita en mí y yo en él”. Piénsenlo los que van a comulgar esta mañana, ¡qué momento más divino!: Cristo habita en ti, y tú habitas en él. Es decir, hay una compenetración que puede llegar a decir, como San Pablo: “Ya no vivo yo, sino que es Cristo el que vive en mí”. Esta transformación, ¡qué lejos de comprenderla cuando no se tiene fe!; pero cuando se tiene fe, hermanos, sucede lo que yo vi ayer en dos comunidades religiosas. Allá en Usulután, las hermanas franciscanas lo primero que me fueron a enseñar: “Mire cómo nos ha quedado nuestra casita arreglada; casita pobre, pero arreglada; pero mire la capillita, lo más bonito de la casa”. Donde había antes un salón de belleza, allí han levantado el sagrario a todo lujo, porque para la comunidad no hay cosa más linda que el sagrario, donde Cristo habita con las reli-

Gal 2, 20

gias y las religiosas habitan con él. Y anoche cuando fui a celebrar al Buen Pastor, también, el novenario de la madre María Mercedes, muerta hace nueve días, también el sagrario, lo principal. ¡Ah! ¡Cuando se comprende lo que es la hostia consagrada como que quisiéramos un cielo para ponerla! Da lástima pensar en las iglesias abandonadas, en los sagrarios polvosos, sin flores o con flores marchitas. ¡Qué poca fe indica una Iglesia donde no se estima la vida eucarística!

Cuentan que, cuando unos turistas u hombres de ciencia visitaron la isla de Molokai, donde el padre Damián vivía con los leprosos, él, que le pidió a Dios ser leproso para quedarse con ellos porque sus superiores lo iba a mandar ya fuera, y dice: “No, déjenme”. Y le pidió a Dios la gracia de la lepra. Y un día levantando la hostia consagrada miró en su mano la señal de la lepra y desde ese momento su palabra con los leprosos era: “Nosotros, los leprosos”. Se identificó tanto con ellos que lo sentían como el hermano. Y cuando pasaron por allí, gente que le ofreció apoyo: “¿Cuántos dólares necesitaría?”; dijo: “¡Por dólares, ni un minuto más! Si yo estoy aquí es por él, por el amor a Jesucristo”. Lo que le daba fuerza al padre Damián, lo que le da fuerza a todos los misioneros, a todas las religiosas, a todos los sacerdotes, lo que le da vida a la comunidad eclesial de base, lo que hace el centro de la parroquia es el pan de la vida eterna. “El que me come se alimenta de vida eterna. Yo estoy con él y él está conmigo”.

Jn 6, 51a.56

No comprenderán esto, hermanos, los que no han vivido la experiencia de la eucaristía. Y así se explica que las comunidades cristianas sean calumniadas, mal informadas. No conciben la locura de unos hombres y unas mujeres exponiéndose hasta morir, si no es pensando en que hay un sentido subversivo, revolucionario en el corazón. ¡No! Hay una fuerza más grande que todas las revoluciones: el amor del hombre y de la comunidad que ha descubierto el tesoro que hoy nos está revelando Jesucristo: su presencia viva y vivificante, su eucaristía.

Quisiera —les decía yo— que, a la luz de estas cosas, presenciáramos nuestra misa dominical. ¡Con qué gusto vendríamos si es que no me voy a encontrar allí con el obispo tal o con el sacerdote tal, sino que voy a encontrarme, a través de él, con Cristo, la vida eterna! Y voy a comulgar y lo voy a adorar y voy a sentir que él está en mí y yo en él. Y voy a sacar fuerza para mi

semana y mi vida de familia será más santa, más suave, más dulce, más amorosa porque me alimenta el amor de Jesucristo. Y seré más sacrificado y trabajaré mejor y cumpliré mejor mis deberes. ¿Ven cómo la eucaristía verdaderamente es el pan que da la vida al mundo?

### Los hombres frente a este signo de contradicción

Por eso, finalmente, mi tercer pensamiento: los hombres frente a este signo de la eucaristía —podíamos decir—, de la hostia consagrada, signo de contradicción: lo aman unos hasta la locura y otros lo desprecian hasta el odio o no le hacen caso porque no tienen fe.

Pro 9, 1-6

Pues, en las lecturas de hoy encontramos —en las tres lecturas— catalogados los hombres, precisamente, por su posición frente a la sabiduría de Dios que se encarna en Cristo. Y así podemos decir con la primera lectura: los inexpertos, los faltos de juicio, aquellos que rechazan la obra de la sabiduría; y, por otra parte, los prudentes, los que se alimentan de la ciencia de Dios, los que a pesar de ser, tal vez, menos inteligentes según el mundo, pero tienen la sabiduría de Dios que se da en la santa eucaristía donde Cristo es presente.

Ef 5, 15-20

En la segunda lectura, San Pablo también presenta una categoría de hombres insensatos, aturdidos, borrachos, libertinos. “No seáis así —dice San Pablo—, sino la otra clase: sensatos, cumplidores de lo que Dios quiere, dejándose llenar del Espíritu y haciendo de la vida una liturgia alegre. Cantad cánticos al Señor, dadle gracias en todo momento”. ¡Ah, la vida qué hermosa se convierte cuando la ilumina la fe y cuando uno sabe que su cuerpo, sano o enfermo, unido a una hostia consagrada que se recibe en la comunión, es una vida y un cuerpo que se hace hostia! Y todos los actos de nuestra vida, todos los deberes que cumplimos, todos los sacrificios que hacemos, todo el amor que gastamos, toda la paciencia en sufrir a los impertinentes, todo se convierte en Cristo crucificado, la carne que salva al mundo. Y yo le estoy aportando mi sacrificio, mi pequeña hostia, mi pequeña gotita de agua en el cáliz de vino que se convierte, todo él, donde ya no se distingue la gotita de agua y el cáliz de vino, sino que solo se percibe la sangre que se derrama para la salvación del mundo. Entonces, la vida de los hombres se hace liturgia. Todos

somos sacerdotes, cualquiera que sea nuestro oficio, cuando lo hacemos unidos con el Señor.

Y Cristo nuestro Señor también aparece hoy distinguiendo a los hombres frente a su gran promesa: los que dudan de él o los que lo entienden tan materialmente que casi lo hacen un antropófago. No es así como Cristo quiere entender. Es un lenguaje tan delicado que no lo entiende el ambiente burdo del mundo, donde la carne solo se entiende carne para el placer, carne para la explotación, carne para la soberbia, para el orgullo, carne idolatrando ídolos de la tierra. Esta carne claro que Cristo no la da. Pero la carne divinizada en el sacrificio de la cruz y unida con Dios en el misterio de la encarnación, esa carne sí es divina y esa es la que el Señor nos ofrece y la que entienden los que tienen fe; pero no la entienden los que han perdido la fe o no la tienen. Quisiera que, a la luz de esta reflexión, analizáramos a qué clase de hombres pertenecemos.

Jn 6, 41-43

### Vida de la Iglesia

Quiero presentarles, en primer lugar, la serie de hechos, como acostumbramos, dentro de nuestra Iglesia. Y ojalá que en la Iglesia todos tuviéramos una locura santa por la eucaristía.

Por eso, en primer lugar me refiero a los queridos sacerdotes. ¿Han pensado, hermanos, que el sacramento de la eucaristía nació gemelo con el sacramento de nuestro sacerdocio? Para mantener ese tesoro del pan de vida que da la vida al mundo, Cristo inventó la misma noche el sacerdocio comunicado a los hombres. Él, el eterno sacerdote, celebró la primera misa y repartió la primera comunión, pero luego les dijo a los hombres, apóstoles: “Hagan esto en mi memoria”. Entonces, los sacerdotes nacimos como un encargo para mantener la eucaristía. Esta es nuestra principal misión, pero dándole a la eucaristía todo el sentido no solo de repartir hostias consagradas, sino lo que significa: redimir un pueblo, salvar a los hombres, para que, al venir a comulgar, sientan que de verdad se van promoviendo. Por eso, estamos insistiendo tanto en que los sacramentos hay que recibirlos con más conciencia, que nadie debía de comulgar si no se siente verdaderamente responsable del pan que da la vida al mundo.

Lc 22, 19

Nuestros sacerdotes, comprendiendo que su misión los lleva también a una encarnación en la tierra —y no hablo aquí

solo de los sacerdotes de la arquidiócesis, sacerdotes de todo el país—, han estado estos días en profundas reflexiones. Y por eso —les decía yo—, comprendan los gestos que ahora están haciendo como gestos sacerdotales. No lo confundan con otros gestos meramente políticos, revolucionarios. Ya sé que saldrá la noticia de que los curas revoltosos se tomaron la iglesia de El Rosario. ¡No hay nada de eso! Lo que pasa aquí, en la iglesia de El Rosario, en estos días, es: los sacerdotes llamando al pueblo a una oración y a un ayuno. Es una iniciativa que ellos han tomado como miembros de la Iglesia, y yo, como pastor, respeto; y les suplico a ustedes un esfuerzo de comprender, como lo van a explicar dentro de poco. La preocupación de los sacerdotes yo la trato de comprender y yo les suplico a ustedes, querido pueblo de Dios, que estemos muy unidos con nuestros sacerdotes y sepamos ayudarles también a ellos a que su lenguaje, su actuación, todo sea verdaderamente como todos queremos: un lenguaje de Evangelio, pero de un Evangelio no muerto, de un Evangelio vivo.

Me refiero también, en esta comunión de Iglesia de la arquidiócesis, a diversas comunidades. He tenido la dicha de visitar Mejicanos para su fiesta patronal, el 15 de agosto; San Jacinto, su fiesta patronal el 16 de agosto; Chalatenango, donde las comunidades de allá me ofrecieron una santa misa.

Por cierto, que este cariño de las comunidades de Chalatenango contrastaba con el ultraje que me hizo el retén cuando entraba a Chalatenango. Me hicieron bajar del carro, casi me ponían con las manos sobre el carro, me registraron hasta el motor del carro; abrieron todo, hasta correspondencia, lo cual yo creo que es anticonstitucional, porque la correspondencia no se debe violar. Y una serie de cosas en las que yo veía, más que todo, la cobardía, esa cobardía que se solaza cuando puede mostrar prepotencia. Y sentía yo que, de mi parte, no había más que una respuesta, la respuesta que siempre he dado, la respuesta de la Iglesia, la respuesta de la verdad: “Registren lo que quieran. No encontrarán nada”.

No les bastó, porque después en la misa, en Chalatenango, tuvimos una continua vigilancia. Hasta el señor comandante departamental llegó con sus grabadoras y sus oficiales. Por suerte que al terminar mi homilía, yo pregunté al pueblo: “¿Creen ustedes que he dicho algo subversivo? Si lo he dicho, díganlo;

porque yo quiero corregir. ¿Han entendido algo subversivo en mi palabra?”. Y todo el pueblo dijo: “¡No, monseñor, nada subversivo!”. Y, más bien, hubo un aplauso cerrado, que yo les dije: “Los que nos están vigilando este acto tengan en cuenta cómo ha entendido el pueblo. No vayan a decirlo de otra manera”.

Visité también la comunidad de Usulután y de Santa Elena, en la diócesis de Santiago de María, por una amable invitación.

También aquí tenemos que alegrarnos. En el Buen Pastor, hoy se está celebrando la fiesta de su fundador, San Juan Eudes. Y, sobre todo, quería yo mencionar esta comunidad porque la religiosa que ha muerto, sor María Mercedes Peñate, es un ejemplo de cristianismo vivido en el silencio y en la santidad. Hoy, que se recogen los testimonios de sus escritos, de sus actuaciones, de su vida, verdaderamente creo que es una de esas santas ocultas que favorecen y bendicen tanto la comunidad de nuestra arquidiócesis. Yo felicito a las hermanas del Buen Pastor y les deseo que produzcan muchas mujeres santas como la que acaban de entregar al cielo, y lo mismo deseo para todas las religiosas y todas las comunidades.

También me alegro con las carmelitas de Santa Teresa, donde cuatro religiosas celebraron sus bodas de plata esta semana. Que el Señor les conserve, más allá de los veinticinco años, su entusiasmo por nuestro Señor Jesucristo.

Y lo mismo, las hermanas franciscanas que florecen en la Diócesis de Santiago de María: en Usulután, en Berlín, en Santiago.

Una cosa importante: desmienten la carta que se publicó aquí con gran lujo, como una carta abierta de la Conferencia del Clero Diocesano de Bolivia<sup>5</sup>. Ustedes recordarán. Nos interesamos en saber la verdad y hemos escrito a Bolivia y desde allá nos contestan: “Muy estimado señor arzobispo: Se nos ha enviado

<sup>5</sup> La carta, entre otras cosas, dice: “No hacemos cuestión de su oposición personal al régimen. Tampoco cuestionamos su constante preocupación por la vigencia de los ‘derechos humanos’ supuestamente vulnerados [...]. Lo que hiere nuestra conciencia de sacerdote católico es que, con este pretexto, se instrumentalice a la Iglesia de Jesucristo en beneficio del comunismo [...]. Es ya cosa pública que usted ha convertido el púlpito en catedral de demagogia marxista. Esto, pues, Monseñor, es pasarse de la Bandera de Cristo a la Bandera del Anticristo sin posible explicación atenuante”. Conferencia del Clero Diocesano, Carta abierta a Monseñor Óscar Arnulfo Romero, *La Prensa Gráfica*, 20 de junio de 1979.

un recorte de periódico de una carta abierta dirigida a usted por el padre Luis Rojas, sacerdote diocesano perteneciente a la arquidiócesis de Santa Cruz. Deseamos manifestar a usted nuestro desagrado y desacuerdo con el contenido y el tono de dicha carta, que se expresa en forma tendenciosa y alejada de la verdad. Creemos necesario informarle además, que la Conferencia del Clero Diocesano es una organización de sacerdotes diocesanos bolivianos que no cuenta con la aprobación de los obispos de Bolivia. Por otra parte, tampoco pertenecen a ella todos los sacerdotes diocesanos, ni mucho menos, sino unos cuantos de algunas diócesis. Por ello, conceptuamos que dicha carta puede ser considerada como algo personal del sacerdote Luis Rojas o, a lo más, como representativa de la opinión de un grupo muy reducido. Por último, queremos hacer llegar a usted, a la Iglesia salvadoreña, nuestros sentimientos de admiración, aprecio y adhesión por su valiente y sacrificada labor pastoral en defensa y promoción de los valores humanos y evangélicos en ese hermano país”. Esta es la respuesta a la calumnia que aquí se quiso levantar. Mejor afuera, pues, se busca más la verdad que aquí, donde se vive muchas veces de la falsedad.

Notas de nuestra Iglesia universal. El Papa ha anunciado ya el lema de la próxima Jornada de la Paz. Me parece muy inspirador que el Papa, siguiendo la costumbre del anterior, va a celebrar el primero de cada año como Día de la Paz y a señalar un lema para cada año; el de este año, 1980, se titula: “La verdad, fuerza de la paz”. Y el Papa explicaba: “La verdad, fuerza de la paz porque demasiado frecuente la mentira está presente en muchos sectores de la vida personal y colectiva, y conduce a la sospecha entre los miembros que a ellos pertenecen. La sospecha sustituye a la confianza del hombre en el hombre y de los pueblos en los otros pueblos [...]. Construir la paz sobre la verdad, que es el hombre, significa ayudar al hombre mismo a salir de sus actuales alienaciones, invitándole a convertirse de nuevo en sujeto y ya no más en objeto de sus propias invenciones; significa dar la prioridad a la ética sobre la técnica, a la persona sobre las cosas, al espíritu sobre la materia, al primado del ser sobre el tener”<sup>6</sup>. Procuremos revestirnos de este espíritu de la

<sup>6</sup> “La verdad, fuerza de la paz”, *L'Osservatore Romano*, 19 de agosto de 1979.

verdadera paz, en un ambiente donde se confunde muchas veces la paz verdadera con la falsa paz.

De la Iglesia universal también un dato muy interesante. Los obispos en Argentina defienden el derecho de organización como un derecho natural de los trabajadores que no puede ser negado ni tampoco retaceado; y cómo allá, monseñor Jorge Novak celebró, en la catedral de Quilmes, misa con los familiares de detenidos políticos y desaparecidos.

Otro eco de nuestra Iglesia centroamericana. Estuvo visitando Nicaragua y Honduras el padre general de los jesuitas, padre Pedro Arrupe, por dos motivos: primero, por visitar, pues, en Nicaragua la situación; y, luego, para arreglar en Honduras la misión que allá tenían los padres jesuitas de San Luis Missouri, pero que, de aquí en adelante, será una misión de la provincia centroamericana.

Y acerca de Nicaragua, el padre Arrupe expresa cosas muy interesantes que serían buenos criterios para cuando aquí se publican noticias muy tendenciosas. En primer lugar, la necesidad de colaborar positivamente en la obra de reconstrucción, conservando la libertad evangélica para señalar posibles desviaciones, pero ayudando con entusiasmo en una tarea que representa un reto para la sociedad. Parece una postura muy libre en lo evangélico y muy práctica también en el momento. Lo que hoy necesita Nicaragua, pues, no es la crítica, el apagar sus esperanzas, sino el ayudarle y mantener el espíritu libre, porque la Iglesia no se puede comprometer con ningún sistema, pero sí puede animar y ayudar a todos los sistemas. Lo más grave es que el padre Arrupe descubre una gran necesidad para socorrer el hambre de aquel pueblo y dice que todos los países tienen que preocuparse para que llegue a todos ese pan que necesitamos y que en Nicaragua hace mucha falta.

### Hechos de la semana

Desde esta Iglesia, representada en estos hechos, nosotros enfocamos la realidad de nuestro país. No es un afán político o curioso o crítico sólo por ser crítico. Es la obligación de un Evangelio que, como Cristo ha dicho, tiene que ser pan “para la vida del mundo”. Si en El Salvador el “pan de vida” que la Iglesia reparte, la palabra del Señor, la religión cristiana, no toca las

Jn 6, 51b

realidades políticas, sociales, económicas de nuestro pueblo, será un pan guardado y el pan que se guarda no alimenta; solo es el pan que se come, que se asimila. Y de allí que necesitamos, pues, que este pan se asimile en las realidades del país.

¡Cómo no vamos a iluminar, con la palabra del pan de vida, las palabras que el señor presidente anuncia en esta semana, cuando habla de cambios “necesarios, indispensables y urgentes”, que “no debemos aferrarnos a moldes anacrónicos de la convivencia social”! Y repitió que “el pueblo quiere paz” y declaró que “la autoridad no debe mostrarse prepotente”<sup>7</sup>. También hemos oído frases en que ya se dieron instrucciones para que puedan entrar al país los exiliados; que ya prometió investigar exhaustivamente la muerte del padre Macías; que invita a la Cruz Roja para que constate que no hay presos políticos<sup>8</sup>. Son cosas que nos llenarían de mucho aliento, queridos hermanos, si, por otra parte, no viéramos las realidades contrarias. Y, por eso, quisiéramos decir, pues, que si de verdad urgen los cambios en el país, ¿por qué se llama subversiva a una persona o a una organización que propugna precisamente esos cambios? Nuestra Iglesia quiere, precisamente, los cambios que el Evangelio le pide.

Si de veras no se quiere una autoridad de demostraciones prepotentes, nosotros nos preguntamos: ¿por qué sigue la represión a nuestro pueblo? Tenemos en las listas de los atropellos de esta semana: Amado Guardado Mejía, Eugenio Guardado, Francisco Guardado, Esperanza Menjívar de Guardado, Francisco Fuentes Landaverde; todos capturados y a los cuales no se hace el amparo, que da la Constitución, de remitirlos a los jurados o darles libertad. Y también el cateo de tantos efectivos militares en cantones: Valle Nuevo, Buena Vista, Las Tres Ceibas, en Aguilares, donde ha habido atropellos a la tranquilidad de aquella gente; que parecen expresarse —todos estos atropellos— en las cartas que llegan frecuentemente al arzobispado, como la de

<sup>7</sup> Discurso del general Carlos Humberto Romero a oficiales de la Fuerza Armada de El Salvador, el 11 de agosto de 1979. *Cfr. El Diario de Hoy*, 13 de agosto de 1979.

<sup>8</sup> Mensaje del general Carlos Humberto Romero en rueda de prensa, el 16 de agosto de 1979. *Cfr. El Diario de Hoy*, 17 de agosto de 1979. Una síntesis del mensaje presidencial también está publicada en la edición del 20 de agosto de 1979, de dicho diario.

una madre que dice: “Soy una esposa y una madre angustiada porque, desde el 29 de mayo pasado, la Guardia se llevó preso a mi esposo, Mercedes, y a mi hijo, José Mario, juntamente con mi hermano, Pedro Juan. Cuando los apresaron, estaban sembrando arroz cerca de la casa. Los hemos buscado por muchas partes y no los hemos encontrado. Usted se imagina la angustia que tengo con mis hijos y le ruego que, por favor, en su predicación del domingo, pregunte a las autoridades por estos desaparecidos. Se lo pido de todo corazón”. Esta es la voz que no se oye y a la que nosotros tenemos que hacer oír. No sería verdadero Evangelio si fuéramos indiferentes ante tantas angustias; sobre todo, cuando esas angustias tratan de apañarse con promesas y noticias que no dicen la realidad, sino que esconden siempre eso que tanto tememos.

Y en cuanto a investigar la Cruz Roja los lugares vacíos, podemos decir que ya pasaron antes la OEA y los parlamentarios ingleses y dieron cuenta de atropellos y de prisioneros. Si ahora la Cruz Roja no los encontrara, podíamos preguntar: ¿qué los han hecho, pues?, ¿dónde están? Pero, ciertamente, hay una constancia de que hay un atropello por el cual la Iglesia no puede callar.

En el campo laboral, queridos hermanos, también tenemos cosas muy aflictivas; por ejemplo, cuando en el Ministerio de Trabajo se teme la supresión de varias fuentes de trabajo; y pensamos en tanta gente que ahora tiene su trabajo y que lo puede perder. Quisiera que todos los que se interesan en los campos laborales —tanto la parte patronal, como la parte obrera, como el Ministerio de Trabajo— tomaran en serio un diálogo para buscar las verdaderas causas y que ni unos ni otros abusen de sus derechos y de su autoridad, sino que todos vean, por el bien del pueblo, un lugar donde podamos encontrar pan, trabajo, paz, tranquilidad.

También en el campo de la represión, hay que lamentar muchas cosas esta semana. Por ejemplo, lo del asesinato de un profesor en San Miguel, profesor Sánchez. Y también, todos se dieron cuenta de una noticia del señor Valentín Contreras, comerciante, asesinado por las FPL. En cambio, la muerte de un ingeniero con siete obreros, ejecutados cerca del Parque Infantil, según las publicaciones<sup>9</sup> eran miembros de las FPL. No se sabe

<sup>9</sup> Cfr. *El Diario de Hoy*, 17 de agosto de 1979.

quién los asesinó, pero la impresión es que son fuerzas violentas de la derecha. Y lo que decíamos: esto nos da la impresión de una guerra civil clandestina en que están pereciendo tantas vidas y en la que es necesario buscar soluciones para que se juzgue la culpabilidad y no se tomen venganzas por propia cuenta.

Así podíamos lamentar, pues, otros hechos violentos para los cuales yo pido que, así como en esta iglesia, pues, se ora y se ayuna, podamos todos, también, desde nuestra oración y desde nuestros recursos humanos, profesionales, busquémosle solución a nuestros problemas. Todavía es tiempo de no pagarlos ya con tanta sangre.

Vamos a unirnos también en el dolor de unos diez mil muertos en la India, como ustedes ya saben también, por una inundación.

Queridos hermanos, esta es la historia de nuestro país en esta semana. Muchas otras cosas que ustedes podían completar, pero que todo viene a ser como marco en el cual nosotros querríamos vivir nuestra misa de este domingo: el pan que baja del cielo, la carne en la que Cristo nos da toda su vida divina, su redención, su amor; y que, desde allí, miremos y contemplemos cuánto se puede hacer cuando se pone la fe en el Señor y cuando de veras nosotros queremos ser instrumentos de ese amor del Señor, que se alimentan con la vida eterna de la eucaristía. Así sea<sup>†</sup>.

Como les prometí, vamos a pedir a alguno de los sacerdotes que están llevando esta acción, que nos explique el sentido de ella y que tratemos de comprenderla<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Después de la homilía, un sacerdote dio un mensaje explicando el significado y sentido de la jornada de ayuno y oración, realizada en la iglesia de El Rosario desde el 19 hasta el 22 de agosto de 1979.